

AURELIO ARTETA AISA: *Mal consentido. La complicidad del espectador indiferente*, Alianza Editorial, Madrid, 2010, 319 PP.*

HERMAN NOVOTNY RINCÓN**

Tras la publicación de *La compasión, apología de una virtud bajo sospecha* (Barcelona, Paidós, 1996) y *La virtud en la mirada. Ensayo sobre la admiración moral* (Valencia, Pre-Textos, 2002), Aurelio ARTETA se enfrenta en esta nueva obra al mal que sufre el otro y que observan multitud de espectadores. La compasión y la admiración moral son dos virtudes a las que ARTETA ha colocado en sendas obras anteriores bajo sospecha y a las cuales parece haber renunciado ese espectador del mal ajeno, ambas son virtudes que ha de recuperar para convertirse en un sujeto moral al que se le pueda admirar.

A través de ocho capítulos este libro constituye una reflexión sobre el mal consentido; una reflexión que en todo momento adopta un punto de vista moral por parte del autor, ya que, siguiendo las tesis de Hannah ARENDT reivindica la necesidad de juzgar el mal como antídoto ante la indiferencia.

En el primer capítulo: “El mal que nos hacemos”, se analiza el mal contemplado por un espectador al que el autor interroga sobre su actitud ante lo que observa. El mal observado al que se refiere no es cualquiera, no es el necesario, aquel fortuito que se refiere a las catástrofes naturales, sino el innecesario que resulta de la voluntad humana, de la acción del hombre que genera una calamidad, un daño a la comunidad, un mal social y evitable, nacido del ejercicio de la libertad en nuestras múltiples relaciones.

Es ante todo, un mal público, entendido éste como el que tiene su origen en la decisión o conducta de un poder político que invoca razones y fundamentos públicos para cometerse. Un mal que se emprende en nombre de todos los miembros de un grupo con el fin de alcanzar metas comunes. Al ser un daño público y ser nosotros miembros de esa comunidad nos hace también responsables de lo acontecido. Pero el mal al que se refiere ARTETA tampoco es un mal extraordinario que genera daños descomunales, dejando tras su paso numerosas víctimas y que rápidamente es calificado como atrocidad, más bien es el mal ordinario, *ese daño sin víctima aparente*, si quien lo sufre o la mayoría no lo experimentan como daño ya

* Fecha de recepción: 13 de julio de 2012.

Fecha de aceptación: 11 de octubre de 2012.

** Doctorando en Derecho en la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM). Correo electrónico: hnovotny@terra.es

que se les ha despojado de la dignidad que ostentan como seres morales y políticos y que ellos ya no sienten. Es un mal difuso, sin autor ni culpable.

Un mal social que tiene como fuente de inspiración por un lado la sociedad vasca contemporánea como espectadora de una violencia terrorista que tenía y tiene por objeto devolver a la situación de alteridad absoluta a todos aquellos vascos que no piensan como ellos; y por otro una experiencia calificable muchas veces como inerrable como fue el holocausto de millones de judíos y que tuvo millones de espectadores.

De esta manera, junto al agresor y la víctima aparece un tercer protagonista el espectador indiferente, aquel que no quiere ser actor, una persona que no se implica activamente ante una situación en la que alguien necesita ayuda, y que ante el sufrimiento ajeno no se opone, ni se resiste, sino que adopta una postura de indolencia.

En el segundo capítulo: “La figura del espectador cómplice”, el autor denuncia al espectador ya que considera que, como sugiere Reyes MATE, *lo justo no se ventila en clave de diálogo, sino de denuncia*, por lo tanto el espectador que no actúa frente al mal ajeno siendo consciente de la maldad de la situación contemplada y a pesar de rechazar toda responsabilidad directa ante ella minimizando su poder para hacerla frente, se convierte en un espectador cómplice, pues si la complicidad activa proporciona los medios con los que el agente primario actúa, la complicidad pasiva radicarán en dejarle acceder a tales medios o no obstaculizar o denunciar su empleo. En este sentido, la complicidad del espectador a la que se refiere ARTETA está muy relacionada con la culpa por omisión o la omisión del deber de socorro propia del derecho penal, ya que tanto la omisión de auxilio como la obligación de denunciar la perpetración de un delito público son conductas reguladas por el Código Penal y la Ley de Enjuiciamiento Criminal, lo que de una u otra manera viene a sostener la tesis defendida por ARTETA de que el espectador se convierte en cómplice moral del agresor que directamente inflige un daño sobre otra u otras personas.

En el tercer capítulo: “Factores básicos del consentimiento”, se apuntan a la abstención, el silencio, el conformismo y la indiferencia como aquellas actitudes del espectador cómplice que muchas veces acaban legitimando y justificando ese mal social de carácter político que diluye su responsabilidad entre todos y que utilizando una expresión de Hannah ARENDT podía ser denominada como el gobierno de nadie, pues ninguno se hace responsable del gobierno de ese mal. Si BURKE afirma que *lo único que se requiere para el triunfo del mal es que los buenos no hagan nada*, ADORNO nos dirá que la indiferencia es el principio fundamental de la subjetividad burguesa sin el que Auschwitz no habría sido posible y Karl LÖWITH sentenciará que *el camino de Auschwitz estuvo construido por el odio, pero pavimentado por la indiferencia*.

La indiferencia que han sufrido los objetivos y la víctimas de ETA en el País Vasco, la indiferencia que sufrieron los judíos cuando eran deportados delante de hasta ese momento sus vecinos. La indiferencia que a través nuestro silencio convierte en traslucido a todo ser

humano recordándonos la fragilidad de nuestra condición. La indiferencia es el gran mal que ARTETA denuncia.

El que calla otorga reza el dicho popular, y lo que el espectador indiferente otorga, no es otra cosa que su consentimiento al mal que observa, a pesar de los alegatos para eludir toda responsabilidad ante lo acontecido, alegatos que ARTETA cuestiona uno a uno de forma pedagógica para que el lector-espectador de su ensayo pueda en algún momento decidir cambiar de escenario en la divina comedia.

En los capítulos cuarto y quinto: “Alegatos del espectador”, se le da una oportunidad a éste de defenderse. La sociedad está llena de espectadores indiferentes y cómplices que han asumido a través de una continua erosión moral una ética de la deserción que les ha llevado a la moral de la huída que encuentra su paradigma en el poeta ARQUÍLOCO que se lamenta de abandonar su escudo, su arma, pero que con ello logra salvar su vida. El escudo constituye como metáfora el arma moral del ciudadano, la defensa constituida por principios y valores, el escudo *no solo protege mi vida física individual, sino también mi vida moral y política, así como la existencia misma de mi comunidad*, con la que comparto esos principios y valores. Pero la cobardía se ha convertido en una virtud y ahora se confunde con la prudencia y el hombre que no se pronuncia es ensalzado como un hombre bueno, normal, que nunca se metió con nadie, que no tenía opiniones políticas siempre iba a lo suyo, es un espectador que ha asumido una ética para fugitivos que solo quieren ponerse a salvo, devaluando la dimensión política del hombre y por ende limitando la vida a una manifestación de supervivencia que en las peores ocasiones se reduce solo a lo biológico. O acaso ¿No hemos sido testigos de los esqueletos andantes que nos encontramos al liberar los campos de concentración?, o ¿De las terribles imágenes de un buitre esperando a que fallezca de hambre un niño?. ¿Había vida digna en esos cuerpos?. Sobrevivir no es vivir, el valor supremo de la vida debe ir acompañado de otros derechos fundamentales que hagan de esa vida una vida digna.

En el sexto capítulo. “La suprema banalidad del mal”, para el autor y frente al concepto de mal banal que acuñó Hannah ARENDT en relación a EICHMANN y su responsabilidad en el holocausto, la *banalidad del mal* no se encarna en el paradigma que pretendió representar a través del burócrata genocida de EICHMANN sino en los que ARTETA llama espectadores, que no teniendo la intención de cometer crimen alguno, pero si de consentirlos. Esta actitud la califica como la suprema banalidad del mal consentido. Los espectadores no son los grandes villanos, sino hombres corrientes, normales, que nunca serán sentados ante un tribunal de crímenes contra humanidad, porque su crimen solo consiste en desdeñar el mal ajeno, despreocupándose del bien o del mal y dejando de hacer el bien posible. Ver y callar. El mal banal se mezcla con la vida diaria, es una forma de vida compartida, es un mal que se ha vuelto un hábito, lo que antes era anormal, por estar fuera de la norma, ahora es normal por el uso social.

De tal manera que la banalidad del mal, concretada en los sujetos corrientes, estriba ante todo en una incapacidad de reflexión que les aleja de la realidad, la falta de pensamiento equivale a la falta de conciencia y sin la falta de conciencia del mal no habrá tampoco aspiración al bien. El autor asume plenamente la concepción de ARENDT que relaciona el mal banal con la pérdida de la capacidad de juzgar, será la recuperación de ésta la que rehabilite al espectador, por lo cual la consigna al ciudadano debe ser: *iudicare aude!* (atrévete a juzgar), ya que no juzgar significa la primera muestra por parte del espectador de consentir ese mal.

En el séptimo capítulo: “Responsables de no responder”, el autor tras el juicio al espectador dicta sentencia. Hay una responsabilidad pasiva por omisión, por no hacer lo que significa que hay un deber de hacer, una responsabilidad activa, y para sustentar este posicionamiento moral, en el último capítulo: “Del más acá al más allá”, ARTETA acude de nuevo a los hijos de HEIDEGGER¹, término tristemente metafórico para quién asumió la eliminación física en el amplio término de la palabra de todos los judíos de la universidad alemana. Hans JONAS y Emmanuel LEVINAS coinciden en que la responsabilidad ante y con los otros, sería la señal misma de la humanidad, lo que hace emerger lo humano en lo meramente vivo. El valor de toda persona posee un derecho sobre mí. *Y el discurso de la justicia se pone en marcha en nombre de la responsabilidad frente a otro, de la misericordia y de la bondad a las que apela el rostro del otro hombre.* Por tanto, hay un deber positivo general de hacer el bien, pero, ¿Dónde está el límite?, ¿Cuánto debo arriesgar?, ¿A qué debo renunciar para socorrer al prójimo?; en este sentido, ARTETA enseña que frente a una ética del deber hay que aspirar a una ética aretáica o de la virtud que nos lleve no sólo a ser una buena persona mejor cada día. La virtud se encuentra en ese perfeccionamiento moral que a muchos les ha hecho dignos de admiración por no convertirse en espectadores indiferentes y prestar su consentimiento a un mal que no les podía ser ajeno. En este sentido, podrían citarse muy abundantes ejemplos pero quizás este año, el de UNAMUNO, sus palabras y hechos nos sirvan de ejemplo de lo que es digno de admiración cuando se enfrente al mal que suponía nuestra guerra civil: *“Estáis esperando mis palabras. Me conocéis bien y sabéis que soy incapaz de permanecer en silencio. A veces quedarse callado equivale a mentir; porque el silencio puede interpretarse como aquiescencia. Había dicho que no quería hablar; porque me conozco; pero se me ha tirado de la lengua y debo hacerlo. Se ha hablado aquí de guerra internacional en defensa de la civilización cristiana; yo mismo lo he hecho otras veces. Pero, no, la nuestra es una guerra incivil. Nací arrullado por una guerra civil y sé lo que digo. Vencer no es convencer y hay que convencer sobre todo, y no puede convencer el odio que no deja lugar para la compasión; el odio a la inteligencia, que es crítica y diferenciadora, inquisitiva, más no de inquisición”*².

¹ WOLIN, R., *Los hijos de Heidegger*, Cátedra, Madrid, 2003.

² GONZÁLEZ EGIDO, L., *Agonizar en Salamanca. Unamuno (julio-diciembre 1936)*, Alianza, Madrid, 1986.

Nos encontramos ante una lectura incómoda, que rápidamente somete al lector a un juicio que le obliga a superar el pudor, ya que en palabras de NIETZSCHE *el atractivo del conocimiento sería harto débil si no hubiera que vencer tanto pudor para alcanzarlo*³. Es un libro sugerente al punto de alterar el ánimo de quien se entrega a su lectura reflexiva. No en vano, la obra se dirige a espectadores, y ¿Qué es un lector sino un espectador?. No en vano, quienes se entregan a la lectura de la obra perciben con claridad su transformación progresiva en protagonistas de una historia donde se juzga su propia altura moral sobre la base de su posición en tanto espectadores.

A lo anteriormente comentado, ha de añadirse que el libro que aquí se recensiona ha visto la luz en un momento especialmente oportuno para llevar a cabo el análisis en él propuesto: el contexto general de una crisis que sólo desde un análisis muy superficial puede calificarse de exclusivamente económica pues, en definitiva, respetando lo que desde las Ciencias Económicas pueda aportarse para su atenuación, primero, y su superación, después, el libro comentado permite incorporar un rico bagaje de instrumentos de reflexión para fortalecer el gran recurso que nuestros sistemas constitucionales incorporan ante retos como el que ahora enfrentamos: la ciudadanía democrática⁴. Es en época de gran dificultad cuando se multiplican esos espectadores impasibles ante el dolor que genera el desempleo y la marginación que le acompaña en su doble faz de ataque a la dignidad humana, primero, y a la propia supervivencia física de las personas, después.

Sólo el fortalecimiento, y si se me apura el restablecimiento, de la salud ética, política y democrática de nuestras sociedades permitirá recobrar el compromiso que debe ser siempre inherente a los ciudadanos de un Estado democrático. Una ciudadanía que utilizando la propia clave de análisis empleada en la obra, y al socaire del pensamiento único y la prevalencia del temor individual y colectivo, no se puede conformar con el papel de cínico espectador que asiste impasible a la destrucción de principios, valores y libertades que, como recoge la historia, tantos siglos de esfuerzos, sufrimientos y vidas humanas ha costado levantar y que no se olvide se encuentra en el origen de anteriores épocas de bonanza económica.

³ NIETZSCHE, F., *Más allá del Bien y del Mal*, Edaf, Madrid, 1985.

⁴ ARTETA, *El saber del ciudadano. Las nociones capitales de la democracia*, Alianza, Madrid, 2008.